

Canon y mercado. La Serie del Siglo y Medio y Capítulo

por Susana Zanetti

(Universidad Nacional de Buenos Aires - Universidad Nacional de La Plata)

RESUMEN

El artículo revisa la relación entre canon y mercado a partir de dos experiencias de colecciones destinadas a un público masivo y nuevos modos de venta, entre los años sesenta y los ochenta en Argentina, realizadas por Eudeba y el Centro Editor de América Latina. Son momentos muy diferentes por los contextos estéticos, culturales y políticos, ligados a concepciones acerca de la función del libro, de la literatura nacional y de los roles del intelectual.

Palabras clave: Centro Editor de América Latina – Eudeba – canon – mercado – literatura argentina

This article revises the relationship between canon and market as from two experiences carried out by Eudeba and Centro Editor de América Latina of two collections addressed to mass readership and new sales ways between the sixties and the eighties in Argentina. These moments are very different because of the aesthetic, cultural and political contexts attached to conceptions about the function of books, national literature and the roles of the intellectual.

Keywords: Centro Editor de América Latina – Eudeba – canon – market – Argentinean literature

¿A qué llamábamos literatura argentina quienes la seleccionamos para el público lector entre los años sesenta y ochenta? ¿Qué función le atribuimos? Si atiendo a la segunda pregunta, resulta claro que la función se deslizó desde la celebración oficial de la fundación de la nación en 1960 hasta un refugio para insistir en la defensa de un espacio en el campo cultural cuando se inicia la dictadura en 1976. Diríamos, casi, la vuelta completa.

La primera colección salió en Eudeba. Se llamó “Serie del Siglo y Medio”, la dirigía Horacio Achával, un muy buen lector, con un gran conocimiento de literatura europea, especialmente francesa, también de literatura norteamericana y, por supuesto, argentina. La serie se sumó a los festejos del sesquicentenario de la Revolución de Mayo, que hacía la UBA con su nuevo rector, Risieri Frondizi, quien había fundado la editorial. La propaganda básica la definía como “Una extraordinaria colección al alcance de todos”. Las contratapas solían reproducir un texto, comercial y un poco cursi, que respondía a concepciones de la gerencia y del directorio, por otra parte muy comunes para auspiciar este tipo de bibliotecas. Se decían cosas tales como “Los volúmenes que la integran se seleccionan y preparan con miras a ofrecer a maestros, profesores y estudiantes los textos requeridos para su trabajo, y al lector común, libros de lectura amena e instructiva que contribuyan a su formación integral y lo ayuden a conocer mejor la vida del país: su historia, su arte, sus problemas, sus costumbres”.

Las ediciones eran al comienzo de 30.000 ejemplares, y mucho más tarde descendieron a 10.000. Para la venta los libros se agrupaban en paquetes de cuatro, con un nombre que los identificaba, tomado de plantas, animales, costumbres, objetos, en su mayoría con el sello de criollos (aguatero, mangrullo, quirquincho, por ejemplo). Supongo que las autoridades de la editorial se hubieran escandalizado si hubiéramos propuesto “conventillo” o “papusa”. Se comercializaban a través de un sistema de quioscos callejeros y en las facultades de todo el país. Es decir, se probaron nuevos canales de acceso al libro, llevándolo más allá de las librerías habituales o de los quioscos comunes, que despertaron recelos y críticas en el comercio del impreso.

Las tapas indican ya una intención muy firme de todas las colecciones dedicadas a la literatura y la cultura argentinas: unir la difusión de los textos a la del conocimiento de la plástica contemporánea –pintores, grabadores, fotógrafos– y, asimismo de los archivos de materiales semejantes del pasado. En la “Serie del Siglo y Medio” se pedía la ilustración de las tapas tanto a artistas consagrados como a los más jóvenes, entre ellos Buttler, Leónidas Gambartes, Américo Balán, Raúl Soldi, Carlos Gorriarena, etc.

Los primeros veinte títulos evidencian la idea de homenaje –el primero fue *La gran semana de mayo* de Vicente Fidel López–, si bien se advierten otros modos de organizar el canon en las elecciones de las obras y en el orden de aparición. Yo diría que se deja traslucir un sector más desprejuiciado, vanguardista, que se divertía mucho y miraba irónicamente a los maestros de escuela prestigiosos (había unos cuantos) y a algunos pacatos miembros del directorio (todos profesores de la UBA pero no del campo del arte, de éstos no había ninguno), siempre con la excepción del Director, un intelectual admirable y muy querido por nosotros, José Babini.

Les recuerdo ciertas presencias no habituales en los primeros títulos: *Buenos Aires desde setenta años atrás*, *En el mar austral* de Fray Mocho, las *Causeries* de Mansilla, *La guerra al malón* del Comandante Prado, Payró, *Memorias de la prisión* del general Paz, *La caricatura política argentina*, Ascasubi hecho por Borges, o más tarde *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez, *La Pampa* de Ebelot y un inédito de B. Fernández Moreno (*Guía caprichosa de Buenos Aires*). Entre esos primeros estaban por cierto Echeverría, Alberdi, y tres Sarmiento –*Recuerdos de provincia*, *Facundo* e *Historia de Sarmiento* de Lugones–, Almafuerte, J. C. Dávalos, o textos humorísticos y paródicos de Chamico (C. N. Roxlo). Le dimos mucho espacio a la historia del teatro, al sainete, a las antologías de poesía y cuento. No éramos de la línea Mayo-Caseros (así se veía al liberalismo más tradicional), tampoco peronistas. Éramos de izquierda; algunos cuantos, liberales de izquierda.

Nos fuimos alejando cada vez más de la celebración inicial hacia los bordes, a medida que se acentuaban también las tensiones políticas y crecía el peso de nuevas propuestas estéticas, sea el *boom* o el Di Tella, además de las nuevas propuestas críticas y teóricas. Nos psicoanalizábamos y leíamos a los formalistas rusos, los estructuralistas, Greimas, Barthes, Bajtín, etc. Pero nunca, en la constitución de estas colecciones, sostuvimos la “muerte del autor”: creo que, por una parte, seguía pesando Sartre entre nosotros; por otra, ése era nuestro trabajo, dentro de un mercado, y lo hacíamos con un horario y un sueldo (magro), que uníamos a una acción directa de la Universidad de Buenos Aires sobre ese nuevo y muy amplio público lector, que emerge hacia mediados de 1950.

Cuando digo “nosotros”, pienso en un grupo que fue creciendo y renovándose desde los sesenta hasta los ochenta, que incluía vanguardistas, militantes, patafísicos, egresados y estudiantes de letras, entre ellos Horacio Achával, Pepe Bianco, Pedro Orgambide, el Negro Díaz, Pablo Obelar, Gregorio Selser, Luis Gregorich, Félix Weinberg, Beatriz Sarlo, Jaime Rest, Josefina Delgado, Jorge Lafforgue, Julio Schwartzman, Carlos Altamirano, Graciela Cabal, Graciela Montes. No éramos profesores de la universidad –cada vez estábamos más al margen de ella. Nuestros lazos con escritores y plásticos, con jóvenes críticos se fue intensificando para culminar en el Centro Editor. Esto dejó una marca profunda en quienes fueron o son profesores de la universidad luego de la reinstalación de la democracia, hayan sido empleados o hayan colaborado asiduamente en los proyectos editoriales –María Teresa Gramuglio, Jorge Rivera, Eduardo Romano, etc.

“La Serie del Siglo y Medio” tuvo unos 200 títulos. En ella se podían leer muchos autores que ahora se están reeditando o se han vuelto a considerar como

Enrique González Tuñón, Nicolás Olivari, Bernardo Kordon, además de otros que considero injustamente olvidados como Enrique Wernike, etc. La serie se completaba con una sección de mayor formato, llamada “Cuadernos”, lamentablemente no reeditada, algunos notables, como *Breve historia de la Argentina* de José Luis Romero, *Historia del tango* de García Jiménez o la antología titulada *El cumpleaños de El Mosquito*. La ilustrábamos con materiales del Archivo General de la Nación y con los del Archivo Witcomb (todavía en los vidrios). Seguramente ustedes pueden comparar con las colecciones escolares de entonces –Estrada u otras similares– para ver las diferencias en la selección y el tratamiento de los textos, que aligeraban la presión de convenciones didácticas.

Esta línea de trabajo se amplió con volúmenes ilustrados por pintores argentinos –Castagnino, Berni, Soldi, Alonso, Batle Planas, etc.– y por la serie “Los contemporáneos”, aparecida al borde del golpe militar de 1966, que es además buen ejemplo para mostrar los vínculos (no siempre rotundos) entre propuestas de Eudeba y de colecciones del Centro Editor. En ellas publicamos los *Veinte poemas para ser leídos en un tranvía*, *Espantapájaros* de Oliverio Gironde, poemas de Marechal, *Mujeres en la sala* de Norah Lange, Macedonio Fernández. En la misma colección, “La Serie del Encuentro”, ya del Centro Editor, reeditamos una espléndida novela aparecida hacía más de veinte años, *Zama* de Antonio Di Benedetto, y lanzamos la primera edición de *Museo de la novela de la Eterna*. De algunos de estos escritores conseguimos los derechos de autor porque no interesaban al mercado. Elegí estos ejemplos (hay otros) porque muestran cómo se reformulan consagraciones y cánones. Si bien importa tener en cuenta el modo en que un editor apuesta su intervención en el mercado, por el número de ejemplares, propaganda directa o encubierta, a qué tipo de lectores se dirige, es cierto que pesan quiénes seleccionan y hasta dónde están involucrados en las discusiones estéticas del campo intelectual en el cual se insertan.

A pesar de las limitaciones económicas, se ve en estos ejemplos y en muchos otros de *Capítulo*, cómo generamos lecturas y relecturas, actualmente vueltas a hacer. Sin dudas, el interés de los más jóvenes, la atracción del diseño de las colecciones (creadas por un gran diseñador como era el Negro Díaz), junto al prestigio que fue adquiriendo Eudeba y, por cierto, el bajo precio de los ejemplares, se sumaban para dar relevancia a nuestras articulaciones de la literatura argentina, en una etapa de fuertes crisis políticas y de grandes cambios en el campo intelectual y artístico, en el que se volvía cada vez más notable la presencia de los nuevos medios de comunicación masiva y el avance de la censura, primero a partir de 1966 y luego con la dictadura de 1976-1983.

El gerente de Eudeba y del Centro Editor, José Boris Spivacow, supo siempre enfrentar las crisis, las de las transformaciones del mercado del impreso y las de la represión, mediante la búsqueda de atajos para sostener una producción intelectual independiente: *Capítulo. Historia de la literatura argentina* señala ambos momentos. La primera edición, dirigida por Roger Plá, aunque corresponde a Luis Gregorich su concreción, inició su aparición en 1967. La segunda, prácticamente triplicada en el número de entregas, apareció entre 1979 y 1982. Es ésta la segunda colección mencionada al comienzo, ahora con la modalidad de venta en quioscos de diarios y revistas, editada en fascículos semanales acompañados de un libro sobre el tema tratado.

El Estado, la escuela, el mercado, los medios de difusión, como todos sabemos, normalmente, y en buena medida, son responsables de la inestabilidad de las fronteras de lo que se valora como literatura y como tradición cultural, y del rol social que se les atribuye. Nunca los cánones, y menos aun repertorios como los comentados, son fijos: sabemos también que muchas obras nacen como “literarias” y a otras les imponemos

ese carácter, tanto como sabemos que “las sociedades ‘reescriben’, así sea inconscientemente, todas las obras literarias que leen”. Bajo el ala de la Universidad de Buenos Aires nos habíamos sentido protagonistas en el diseño de tal intervención; luego, seis años más tarde, cuando asistimos al derrumbe de un espacio al que equivocadamente pensamos como propio, renovamos la empresa apelando otra vez, confiados, al papel de la literatura nacional en la sociedad.

La elección de este tema se debía quizás a que la historia literaria parecía ofrecer menos riesgo de provocar la censura o bien lo favorecía el hecho de que se contaba con un buen número de críticos a quienes encargar los fascículos y con la atracción amplia que podía provocar en el público, pero al mismo tiempo es cierto que éramos muchos en la editorial los que otorgábamos un rol primordial a la literatura como formadora de los valores sociales. Volver al mercado reforzando las bases amplias que Eudeba había dado al canon nacional tanto por los textos, por su presentación y su soporte, como por el número de ejemplares editados para cada título, era visto como muy apto para actuar en un campo de lucha restableciendo una pluralidad que creíamos liberadora y eficaz también para analizar los conflictos del presente, en momentos en que aumentaba el autoritarismo y la exclusión. Insistíamos en el lugar de la literatura presentada en amplios vínculos contextuales, atendiendo a sus reinterpretaciones y lecturas críticas y, en este sentido, evidentemente apuntábamos a la productividad del diálogo que entrañaba.

A pesar de la fragmentación generada por el fascículo, la lectura posiblemente errática y discontinua, esas remisiones contextuales que ponían en relación resignificaciones y relecturas mostraban la confianza puesta en la revaluación política de la tradición, visible en el canon propuesto y en su tratamiento, apoyado en la Biblioteca Argentina Fundamental y, ciertamente, en el relato de un proceso que rodeábamos y enmarcábamos sin cesar. No puedo dejar de lado una anécdota muy indicativa al respecto: en 1977 empezamos a reunirnos semanalmente en el Centro Editor críticos y estudiosos de literatura para continuar la reflexión interrumpida por la dispersión y las persecuciones (prefiero callar nombres que ustedes conocen): irónicamente llamamos a estos encuentros El Salón Literario.

El primer lanzamiento de *Capítulo*, realmente exitoso, no se apartó mucho en los autores y libros escogidos como tema del fascículo de los anteriores incluidos en la “Serie del Siglo y Medio”. La reedición se diferenció de la del 67, por una parte, porque el mayor número de entregas (se triplicó) posibilitaba tratar un mapa literario más en detalle sobre autores, géneros y obras, vistos además desde distintos ángulos, y más cercanos al presente, acompañados por libros interesantes, difíciles de encontrar en el mercado, que se tramaban con las lecturas del momento abriendo nuevas perspectivas. Un ejemplo puede ser la *Historia funambulesca del profesor Landormy* de Arturo Cancela.

Por otra, los autores de los fascículos y prólogos ya eran ajenos a la universidad, si bien habían egresado de ella. La gran mayoría eran jóvenes, a veces muy jóvenes, que con ese trabajo se iniciaban en la crítica literaria, compensando las carencias de profesionalidad con la atención puesta en los nuevos caminos abiertos por las teorías que circulaban, tan difíciles de volcar en las líneas de la colección, pensada para la divulgación en un público masivo. Se amplió sobre todo el desarrollo de la literatura del siglo veinte, significativamente el de las vanguardias, con fascículos y libros dedicados a Macedonio Fernández, Oliverio Girondo, Raúl González Tuñón, Bernardo Canal Feijóo, Ricardo Molinari, Silvina Ocampo... Al mismo tiempo, los márgenes de lo que entendíamos por literatura se volvían más lábiles en cuanto al campo literario mismo, con la introducción de fascículos sobre el mercado y la industria cultural, sobre el tango

o la caricatura, sobre revistas y magazines, o revistas literarias (*Sur*, por ejemplo). Es interesante observar cómo la dictadura (ya habíamos pasado por varias duras advertencias) nos volvió literariamente más audaces que en la época de Eudeba. No medíamos posibles riesgos, no por heroísmo, sino porque la experiencia, el hábito de tratar con ciertas obras, las volvía “normales”. Calibrábamos los peligros en el terreno político explícito, pero éramos muy torpes con la moralina habitual de ciertos sectores. Por suerte, el desencuentro era recíproco, leían otra literatura.

Necesidades de supervivencia junto a cambios en la mirada sobre el tratamiento de una historia literaria, facilitaron introducciones novedosas para continuar *Capítulo*. La *Encuesta a la literatura argentina*, planeada por Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, proponía la misma serie de preguntas a autores de distintas generaciones, de diversa condición social y de diferentes regiones del país, dedicados a distintos géneros literarios, posibilitando el trazado de interesantes redes que organizaban un mapa cultural, enriquecido por el material gráfico en buena medida inédito, pues procedía del archivo de los autores encuestados. Los materiales complementarios, seleccionados por Beatriz Sarlo, eran reproducciones facsimilares de revistas de las vanguardias de los años veinte y una serie, denominada “Sociedad y Cultura”, de libros de crítica y ensayo de historia, historia cultural o de literatura, que recuperaban textos en su mayoría inhallables en el mercado, sobre todo si pensamos que estábamos aún en la dictadura, tales como: *Literatura argentina y realidad política* de Viñas, *Las ideologías de la cultura nacional y otros ensayos* de José Luis Romero, *Tango, rebelión y nostalgia* de Noemí Ulla o *Nación y cultura* de Héctor P. Agosti.

Cuando terminaron los fascículos –ya era una empresa atrevida, muy en el legado de Ricardo Rojas, hacer una historia literaria argentina en cinco volúmenes, que al definirse como “de divulgación” se supone que tenía lo que se llama “poder de síntesis”– se decidió valernos del público cautivo por *Capítulo* para ofrecer, también semanalmente, una serie, “Las Nuevas Propuestas”, que reunía autores del pasado y del presente, obras canónicas con inéditas. Creo que era altamente caprichosa; quizás sea interesante ver los cruces entre unos y otros. De todos modos amplió notablemente la recepción de textos de autores que conforman la literatura argentina de hoy: Juan José Saer –ya editado como complemento de un fascículo con *El limonero real*–, Edgar Bayley, Rodolfo Alonso, Rodolfo Fogwill, José Bianco, junto a inéditos de Andrés Rivera (*Nada que perder*) o de César Aira (*La luz argentina*), y a obras clásicas tales como *Las beldades de mi tiempo* de Calzadilla, *La Australia argentina* de Payró, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, *Peregrinación de Luz del Día* de Alberdi y muchas otras.

Todas estas operaciones no obedecían a reflexiones bien sopesadas acerca de un canon o sobre la necesidad de su impugnación, eran mucho más complejas y más lábiles. Respondían a valoraciones, sin dudas, también a lo que se podía editar a causa de los derechos de autor, del trato con los herederos (una fauna curiosa), es decir, a circunstancias azarosas. Resultaban de juicios –palabra difícil de usar porque en general eran producto de enfrentamientos y discusiones poco juiciosas–, resultaban más bien de la pasión, de deseos poco justificables. Por ejemplo, me fascinaba –digamos que lo creía importante– editar *Un viaje infernal* de Eduardo Gutiérrez, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* o *Peregrinación de Luz del Día*. Al mismo tiempo era consciente de que así presentadas eran aspiraciones un poco ridículas. Creo que los cánones importan cuando están hechos de esta materia, de derivas donde se discuten en el fondo otras cosas; por eso son imprescindibles, sobre todo en casos como el nuestro, en que son tan precarios y tan maleables.

Para terminar conviene hacer una aclaración sobre mi ponencia que, espero, se considere como una descripción escueta de un trabajo, producto de un equipo, de un grupo que al amparo de su formación profesional y de la creatividad y la valentía de José Boris Spivacow, defendió la independencia de un espacio para proponer revisiones de legados, que pensaron no solo como estéticos, puesto que son siempre culturales y políticos. La mayoría veníamos de la universidad y con esta experiencia regresamos a ella. Me pareció oportuno referirla brevemente, sin alardes espero, dado que soy muy crítica sobre este pasado, porque a lo mejor es útil para las nuevas generaciones. Desearía que no los sedujera la “belleza del muerto”, como dice Michel de Certeau, y los llevara a hacer con todo esto únicamente tesis de posgrado.